

Aunque al almirante de Castilla le alcanzaba tanta responsabilidad por la desgracia de Vigo, como consecuencia de la expedición contra Andalucía, sin duda solo se tenían de él sospechas, cuando el cardenal Portocarrero para alejarle de la corte y siendo tan contrario suyo no se atrevió á hacerlo sino bajo un pretexto honroso, nombrándole embajador cerca de la corte de Versalles, donde no podía hacer daño, y cuyo nombramiento aprobó el soberano francés. Vaciló algun tiempo el orgulloso magnate en aceptar aquel cargo, recelando que fuese una emboscada política, y temiendo hasta verse preso en llegando allá. Pero despues, discurriendo que aquello mismo podía facilitarle burlar mejor á sus contrarios, admitió la embajada, y tomando públicamente sus disposiciones para emprender el viaje, y sin revelar su oculto pensamiento sino al embajador de Portugal don Diego de Mendoza su amigo, despidióse de la reina y de la corte, y partió camino de Francia. Mas á las pocas jornadas, figurando haber recibido nuevas instrucciones de la reina para pasar antes á Portugal, varió de rumbo y encaminándose á aquel reino penetró en él y se dirigió á Lisboa, donde ya desembozadamente explicó las razones de aquel proceder, y aun publicó un manifiesto, que era una verdadera invectiva contra el gobierno de Madrid, bien que protestando todavía fidelidad á su rey. Sin embargo, el embajador de España en Portugal le proclamó rebelde, y de serlo dió hartas pruebas en adelante siendo uno de los mas eficaces partidarios y auxiliares del archiduque de Austria. Formósele proceso, y le fueron confiscados los bienes.

La defeccion del almirante, uno de los mas poderosos magnates de Castilla, y de los mas emparentados con casi toda la grandeza y nobleza de España, hombre además de bastante ingenio, travesura y expedición, fué de un ejemplo funestísimo, y todos consideraron su fuga como la señal de una defeccion general en la grandeza y como el prelude de la guerra civil.

Todos estos acontecimientos habian hecho y hacian cada dia mas necesario el pronto regreso de Felipe V á España. Detúvose no obstante todo el mes de octubre en Milan hasta poder pasar revista á un regimiento de caballería española y otro de infantería walona, con una compañía de mosqueteros flamencos, que creó para guardia de su real persona. Hizo allí merced del Toison á los príncipes sus hermanos y á algunos otros caballeros franceses; otorgó varias mercedes de títulos y grandezas de España, distribuyó los mandos del ejército de Italia, y designó las personas que le habian de acompañar á la península. La ciudad de Milan le regaló una corona y un cetro de oro en señal de su fidelidad, único presente que S. M. aceptó de aquellos naturales. Allí recibió tambien al cardenal d'Estrées, enviado por Luis XIV como embajador extraordinario de España en reemplazo del conde de Marsin. Las instrucciones dadas por el monarca francés al nuevo embajador manifiestan que, mas conocedor ya del carácter del pueblo español, habia determinado seguir una nueva y diferente política para con la España: puesto que en ellas le exponia sus quejas de Marsin y de Louville por su funesta influencia con Felipe, á causa de la excesiva preferencia que le hacian dar á los franceses, con justa ofensa y manifiesto agravio de la dignidad y del orgullo español, cuyo amor y simpatías corria grande riesgo de enajenarse. Añádiale que la mejor consejera del rey debía ser la reina su esposa, cuyo talento y discrecion elogiaba, en union con la princesa de los Ursinos (1).

(1) «Desvia el rey de su servicio á los españoles (le decia entre otras cosas) á causa de una preferencia demasiado manifiesta á los franceses. Diríase que sus súbditos son para él insoportables; á lo menos de esto se quejan ellos, asegurando que por esta razon muchos se volvieron á Madrid en lugar de acompañarle al ejército: añaden que desde que Su Majestad ha salido de la capital ha cesado completamente de hablar su idioma... El rey es frío, y los españoles circunspectos: nada por lo tanto sirve de lazo entre el soberano y sus súbditos, y así se aumenta la natural antipatía entre franceses y españoles. Es preciso que ponga el rey de España el mayor conato en ganar la voluntad de sus vasallos: si estima poco á los españoles, es fuerza que lo oculte cuidadosamente, reflexionando que ellos son los que gobiernan y con ellos tiene que vivir... La nacion

Partió pues Felipe V de Milan (7 de noviembre, 1702), acompañado del nuevo embajador, y encaminándose por Pavia y Alejandría á Génova, detúvose algunos días en esta ciudad, recibiendo los obsequios y atenciones del dux y del senado de aquella república enemiga. Llególe allí por extraordinario la fatal noticia de la catástrofe de Vigo, y aunque pareció que debería ser un aguijón para acelerar su viaje, hizole mas lentamente de lo que era de esperar, puesto que desde Génova, donde se reembarcó el 16, hasta Figueras empleó un mes cumplido (hasta el 16 de diciembre). Esperábase allí el conde de Palma, virey de Cataluña. Desde aquella ciudad despachó un extraordinario á la reina, con un decreto en que mandaba cesase la junta de gobierno que habia creado al tiempo de pasar á Italia, agradeciendo mucho el celo con que durante su ausencia habian desempeñado su cargo todos los ministros, el cual tendria presente para remunerar sus servicios, y ordenando que se le enviasen los negocios para despacharlos por sí mismo, á excepcion de los que por su urgencia hubiera de despachar la reina (2).

Prosiguió el rey su viaje por Cataluña y Aragon, descansando algunos dias en Barcelona y Zaragoza; y no empleando mas celeridad que antes en el camino llegó el 13 de enero á Guadalajara, donde habia salido la reina á recibirle, y juntos hicieron su entrada en Madrid (17 de enero, 1703), siendo aclamados por el pueblo con las mismas ó mayores demostraciones de regocijo que cuando por primera vez entró en la corte de España (3).

CAPÍTULO III

Lucha de influencias en la corte.—Actividad del rey

1703

Conducta del rey á su regreso á España.—Rivalidad entre la princesa de los Ursinos y el embajador francés.—Intrigas del cardenal.—Contestaciones entre Luis XIV y los reyes de España sobre este punto.—Triunfo de la princesa sobre sus rivales.—Separacion del cardenal embajador.—Retirada de Portocarrero.—Nuevas intrigas en las dos cortes.—El abate Estrées.—Aplicacion del rey á los negocios de Estado.—Reorganiza el ejército.—Espontaneidad de las provincias en levantar tropas y aprontar recursos.—Actividad de Felipe.—Anuncios de guerra.—Lígame el rey de Portugal con los enemigos de España.—Viene el archiduque de Austria á Lisboa.—Declaracion de guerra por ambas partes.—Estado de la guerra general en Alemania, en Italia y en los Países Bajos.

Tan pronto como Felipe regresó á la corte de España, y se desembarazó de las primeras ceremonias de los besamanos, de los plácemes y de los festejos con que se celebró su entrada, puso en ejecucion su decreto expedido en Figueras consagrándose á despachar por sí mismo todos los negocios de gobierno, sin dar entrada en el despacho á ningun consejero, ni de los que le habian asistido en su jornada, ni de los que habian formado el de la reina durante su ausencia; pues no queriendo servirse de todos, ni hacer preferencias que suscitaran celos y rivalidades, tuvo por mejor no admitir á ninguno. Veremos luego los saludables efectos de esta conducta del jóven monarca, que causó gran novedad y extrañeza, especialmente al cardenal Portocarrero, que tanta influencia estaba acostumbrado á ejercer. Que aunque todavía siguieron dándose los mejores empleos á sus deudos y criaturas, mortificábale mucho no tener entrada en el gabinete del despacho. En cambio tenia en su casa una junta compuesta de varios eclesiásticos y letrados para tratar de todas las cosas

española no ha dado al mundo menos hombres eminentes que otra cualquiera, y puede dar muchos mas todavía... Su amistad á Francia debe inspirarle el deseo de que vivan en la mas estrecha union españoles y franceses, y si prefiere á estos, se aumentará el odio de aquellos, y harto fuerte es ya por desgracia la antipatía.»—Memorias de Noailles, tom. II.

(2) Macanaz, Memorias, cap. 9.—San Felipe, Coment. A. 1702.—El itinerario de su viaje hasta salir de Italia puede verse en el opúsculo *Journal de Philippe V en Italie*.

(3) San Felipe, Comentarios.—Belando, Historia civil.—Macanaz, Memorias, MSS.—Diario de sucesos de 1701 á 1706. MS. de la Biblioteca Nacional.

de gobierno, los cuales eran muy buenos y muy experimentados en materias eclesiásticas y de justicia, pero ni versados ni entendidos, y casi completamente ajenos á las de hacienda, guerra y gobernacion general de un Estado; y por lo tanto no hicieron otra cosa que cuidar de los adelantos y medros de sus hechuras, y crearse enemigos entre los magnates, y hacer mas odioso al cardenal (1).

Mas no por eso dejaron de rodear á los nuevos monarcas encontradas influencias como en los reinados anteriores. Eran no obstante influencias de otro género; porque eran personajes de otro y mas superior talento, de otras y mas elevadas miras los que figuraban en la escena del teatro político de la corte de España, como eran tambien otras las cualidades y otro el proceder de los dos soberanos. Hasta entonces la princesa de los Ursinos con su reconocida habilidad se habia captado el favor de la reina, é influido de tal manera con sus consejos en los negocios políticos, que no sin razon, y con el donaire que ella sabia usar en su correspondencia escrita, llamaba aquel período de su privanza *mi ministerio*. Pero la venida del cardenal Estrées, con todas las ínfulas de confidente de Luis XIV, enviado, no ya para dar consejos, sino para gobernar; con todo el orgullo de un diplomático acreditado en las cortes de Roma y Venecia, y con la presuncion que traia de su mérito, colocó á la de los Ursinos en una posicion nueva y muy delicada. Porque no tardó el cardenal en mostrar que le ofendia el influjo de la princesa, y esta tuvo que luchar, no solo con la rivalidad del embajador, sino tambien con los celos y envidias de su sobrino el abate Estrées, del confidente del rey Louville, y de su confesor el jesuita Daubenton.

No se acobardó por eso la princesa, y ponía en juego los recursos de su ingenio para disputar á todos el terreno del favor. Por fortuna suya perjudicó al embajador purpurado su impaciencia por hacer alarde de su superioridad, pues negándose á entenderse con Portocarrero, con Arias y con el marqués de Rivas, se atrajo la enemistad de aquellos antiguos ministros; con sus disputas sobre preferencia paralizaba la marcha de los negocios, y con quejas de que no se le permitia cierta familiaridad en la cámara del rey, á que se oponia la camarera como contraria á las reglas de la etiqueta de palacio, ofendió al mismo Felipe y á la reina. Pero en cambio sus quejas hallaron eco y tuvieron acogida en la corte de Versalles; y aunque Luis XIV sintió mucho aquellas desavenencias, y recomendó al cardenal francés mucha prudencia, especialmente con el cardenal español, y le encargó se sujetase á las formalidades de la etiqueta establecida, sirvieron para que Luis retirara su confianza á la de los Ursinos, y para que escribiera al rey, su nieto, recordándole que le debía el trono, que por su causa se habia coligado contra él toda la Europa, y que por esto y por su inexperiencia tenia derecho á exigirle que antes de tomar cualquier medida se pusiera de acuerdo con él, y que para eso le habia enviado el cardenal Estrées, el hombre de mas talento y mas versado en los negocios que podia haber elegido. «Escoged, le decia, entre la continuacion de mi apoyo, y los consejos interesados de los que quieren perderos. Si elegís lo primero, es preciso que Portocarrero vuelva á tomar asiento en el despacho... concediendo entrada en él al cardenal de Estrées y al presidente de Castilla.... Si preferís lo segundo, me ha de doler mucho vuestra ruina, que considero cercana.... etc. (2).» Y encargábale que esta carta la enseñara á la reina.

Amarga y profunda sensacion causaron á Felipe estas convenciones, y contestó á su abuelo manifestándole las razones de su conducta, las causas que le habian movido á gobernar solo y por sí, y deshaciendo las acusaciones de que el cardenal le hacia objeto. Pero aun con mas energía, con mas dignidad, y con mas viveza de sentimiento le escribió la reina.—«¿Cómo, le decia, cómo se ha atrevido el cardenal Estrées

(1) Formaban esta junta, don Juan Antonio de Urraca, canónigo de Toledo, la persona de mas confianza del cardenal y comensal suyo, don Alonso Portillo, vicario de Madrid, don Sebastian de Ortega, consejero de Castilla y gran juriscónsul, y algunos otros.

(2) Memorias de Noailles, tom. II.

á deciros tales imposturas? Perdonadme si uso de esta palabra, pero no conozco otra en el dolor que me martiriza, y es el único nombre que puede darse á lo que debe haber escrito á V. M. para que haya valido tal carta al rey, pues ni una sola circunstancia hay que no sea contraria á la verdad....» Hace una defensa vigorosa de la conducta del rey, su marido, y viniendo á aquellas palabras del cardenal: *Consejos interesados de los que quieren perder al rey*, exclama: «¿Qué quiere decir con esto? Si es á mí á quien ataca, juzgad hasta dónde llega su atrevimiento.... Tampoco tiene ningun derecho el cardenal para atacar á la princesa de los Ursinos. Debo hacer justicia á esta, y confesar que sus consejos me han sido siempre de mucha utilidad, y que su buen juicio y comportamiento le han granjeado la estimacion de todo el mundo en este país.... Me quitais á la princesa, y por terrible que sea para mí este golpe, lo recibiría sin quejarme si viniera solo de vuestra mano; pero cuando pienso que es el fruto de los artificios del cardenal y del abate, su sobrino, os confieso que me desespero. Ruégoos que quiteis de mi vista estos dos hombres, que miraré toda mi vida como mis mas crueles enemigos y perseguidores.»

Tambien le escribió la princesa, justificándose á sí misma, y haciendo una apología de los reyes sus señores, concluyendo no obstante con pedir permiso para retirarse de su puesto; proposicion que se apresuró á aceptar el monarca francés. El hondo pesar que causaba al rey y á la reina la separacion de la camarera mayor; el orgullo del embajador, que desvanecido con su triunfo aspiraba ya á derribar al ministro Orri; sus intrigas en union con el confesor jesuita para introducir la discordia entre los mismos régios consortes, puso á los jóvenes soberanos en el caso de tomar una actitud tan independiente y tan firme, que obligaron á Luis XIV á acceder á que la princesa no saliera de Madrid y continuara permaneciendo á su lado. Con sumo talento aprovechó la orgullosa dama aquel primer acto de debilidad del monarca francés, empeñándose entonces en retirarse, mientras no recibiese orden formal de Luis en contrario; y en carta al ministro Torcy le decia estas notables palabras: *Si queréis sujetar á los españoles por medio de la fuerza, excusaos de molestaros.... Estrées y Louville no lograrían feliz éxito en país alguno con la conducta que observan; pero los españoles son todavía menos á propósito que ningún pueblo para aguantar semejantes amos.*

Manejóse pues la de los Ursinos en esta lucha con tal destreza, que no solo el cardenal y Louville, encanecidos en las artes diplomáticas y favorecidos con toda la confianza y proteccion de Luis XIV, se vieron obligados á ceder á la superioridad de una mujer, sino que el altivo monarca de la Francia hubo de reconocer lo que valian sus servicios, y se vió forzado á pedirle que continuara prestándoles á su nieto.

Restablecida la princesa en el ejercicio de su influjo, y satisfecho su amor propio, quiso demostrar á la corte de Versalles lo que valia, y redoblando su celo y actividad tomó una gran parte en las medidas de gobierno de que luego daremos cuenta. Tambien supo adelantarse al cardenal de Estrées en la negociacion á este tiempo entablada por Luis XIV, para que se cediesen al Elector de Baviera los Países Bajos españoles en recompensa de su alianza y de los servicios prestados en Alemania por aquel príncipe, «toda vez que aquellas provincias, decia, no servian sino para arruinar á España, sin que de ellas sacara esta nacion ningun fruto.» Ya un año antes (1702) habia pretendido Luis XIV que se le cediesen á él aquellos dominios, en compensacion de tantos auxilios como estaba prestando á España en tantas partes para la guerra. La negociacion fué tan adelante, que llegó Luis XIV á nombrar al duque de Borgoña vicario general de los Países Bajos. Pero habiéndose resentido de ello el Elector de Baviera, á quien el francés estaba tan obligado, abandonó este su proyecto, por no descontentar á un aliado tan importante, y desde entonces aquellas provincias se destinaron al Elector de Baviera (3).

Tan hábilmente se manejó la de los Ursinos en su propósi-

(3) Memorias secretas del marqués de Louville.

to de derribar al cardenal embajador, que no solo interesó en su plan al ministro de Hacienda Orri, sino al mismo sobrino de aquel, el abate Estrées, que no tuvo reparo en conspirar contra su tío, á trueque de sucederle en la embajada. En cuanto á los reyes, logró que ellos mismos escribieran á Luis XIV pidiendo con la mayor instancia y empeño su separación. «Mi esposo y yo, le decía la reina, le detestamos á tal punto (al cardenal), que si nos pusieran en la alternativa de tolerar que siga en Madrid ó abdicar la corona, no sé por cuál de las dos cosas optaríamos.»—Cada día que permanece en Madrid, decía el rey, causa un mal irreparable á ambas naciones.» Tantas instancias y tan repetidas súplicas convencieron al fin á Luis XIV de la necesidad de retirar al embajador, y así lo hizo, aunque con pesar, ordenándole que dimitiera su cargo, y anunciándole que le reemplazaría el abate su sobrino.

Este nuevo y decisivo triunfo de la camarera produjo un cambio casi completo en el consejo de gobierno. El cardenal Portocarrero, que había visto ir disminuyendo sensiblemente su influjo, se decidió también á retirarse. De este modo los dos cardenales, el francés y el español, que representaban las dos mas poderosas influencias de Francia y de España en la corte de Felipe V, se vieron obligados á ceder á la mayor habilidad de la camarera mayor de la reina. A ejemplo de los dos purpurados personajes, el antiguo presidente de Castilla Arias se retiró también á su arzobispado de Sevilla, ocupando su lugar en el consejo el mayordomo mayor conde de Montellano, hombre de la confianza de la princesa, y cuya integridad, moderación y buen juicio le habían captado el aprecio universal. Se dividió la secretaría del despacho, y se dió el de la guerra al marqués de Canales, quedando lo demás á cargo de Ubilla.

Mas no por esto cesaron las intrigas entre los personajes franceses de la corte española. El nuevo embajador, abate de Estrées, que tan deslealmente había suplantado á su tío, no se condujo con mas lealtad con la princesa á quien debía su elevación. Bajo y servil adulador en un principio; coligado luego con Louville y con el confesor Daubenton para hacerla perder el favor real, mientras de público ensalzaba hasta la exageración á la de los Ursinos, en sus cartas confidenciales á la corte de Versalles la designaba como usurpadora de la autoridad suprema, y la ponía en ridículo hablando de sus galanterías, de su supuesto casamiento con D'Auigny, y de otros incidentes de su vida secreta. Interceptadas estas cartas por arte de la princesa y por mandamiento del rey, aquella obró con todo el resentimiento de una mujer orgullosa y herida en lo mas hondo de su corazón; el rey escribió también á Luis XIV, su abuelo, informándole de todo, y quejándose amargamente de las arterias del nuevo embajador; y el monarca francés, indignado con tan interminables disputas y chismes, perplejo y vacilante sin saber ya qué partido tomar, amenazó con que, si aquella seguía, mandaría salir de Madrid á todos los franceses indistintamente. De contado Louville fué separado; el padre Daubenton se salvó, merced á la bondad de Felipe y á la mediación de su compañero de hábito el padre La-Chaise para con el rey Luis; se trató de relevar de la embajada al abate, y se aplazó la separación de la princesa de los Ursinos para cuando se presentara una ocasión favorable (1).

Á pesar de los disgustos y de los embarazos que naturalmente ocasionaban á Felipe V tantas intrigas y enredos, no por eso dejó de atender asidua y esmeradamente á los negocios del Estado en los principales ramos de la administración. Además de lo que le ayudaba la política previsora y sagaz de la princesa de los Ursinos, la cual tuvo que entender hasta

(1) Memorias de Noailles, tom. III.—Idem de Berwick.—Idem de San Simon.—Comentarios del marqués de San Felipe.—Respecto al matrimonio secreto con D'Auigny, puso la princesa de su puño y letra al márgen del escrito en que se la acusaba: «Para casada, no.»—William Coxe dedica todo el capítulo 8.º de su *España bajo el reinado de la casa de Borbon* á la relacion de esta lucha de influencias, é inserta una parte muy curiosa de la correspondencia entre los reyes de España y el de Francia, la princesa de los Ursinos, el cardenal Estrées, el ministro francés Torey, etc.—Duclos, Memorias secretas del reinado de Luis XIV.

en los asuntos mas extraños á su sexo, como eran los de hacienda y los de guerra, no faltaron tampoco algunos españoles ilustrados que enseñándole á conocer los males de la monarquía y los abusos mas perjudiciales que exigían mas pronto remedio, le dieran de palabra y por escrito consejos saludables, y le presentaran sistemas y máximas provechosas de moral, de justicia y de economía, que él iba aplicando oportunamente. Encontró, por ejemplo, prodigados los hábitos y encomiendas de las órdenes militares, y ordenó que no se diesen sino por méritos propios y por servicios hechos en la guerra; prescripcion á que no faltó sino en algun raro caso y por razones y circunstancias especiales. Halló multiplicadas en demasia las órdenes monásticas y religiosas, y relajada su antigua disciplina, y procuró refundir unas y regularizar otras. Trató de simplificar la multitud de jurisdicciones introducidas por los reyes de la casa de Austria, y de abreviar los pesados trámites de la administración de justicia. Vió las trabas que ponían y las vejaciones que causaban al comercio los jueces de contrabando, y suprimió todos aquellos empleos, dejándolos solo en las fronteras y puertos marítimos. Perdonó á sus vasallos todos los atrasos de alcabalas, cientos, millones, servicio ordinario y extraordinario que estaban en primeros contribuyentes hasta fin de 1696 (2). Con estas y otras semejantes providencias iba demostrando á los españoles el primer monarca de la casa de Borbon que no se descuidaba en reparar los males que había traído al reino la indolencia ó la incapacidad de sus predecesores.

Mas como quiera que la primera y mas urgente necesidad fuese afianzar su trono, por tantos enemigos ya combatido y por tantos otros amenazado, y esto no pudiera hacerse sin levantar y organizar respetables cuerpos de ejército, desnuda como halló á España y completamente desprovista de fuerzas militares, á esto consagró con preferencia sus afanes y cuidados. Comenzó Felipe por dar una nueva organizacion á la milicia, poniéndola sobre el pié que estaba ya la de Francia. Dió á los cuerpos diferente forma de la que tenían; varió las ordenanzas, los grados y hasta los nombres de los jefes, que son con leves diferencias los mismos que en los tiempos modernos se han conservado; dió á la infantería el fusil con bayoneta, y substituyó la espada corta á la larga que se había usado hasta entonces; creó regimientos de caballería ligera y de dragones, debiendo servir estos últimos para pelear alternativamente á pié y á caballo, segun las circunstancias y las necesidades; instituyó las compañías de carabineros y granaderos, formándolas de los soldados mejor dispuestos y de mas valor y destreza; abolió para la gente de guerra el incómodo y embarazoso traje de gollilla, invencion de un holandés é introducido por Felipe IV, haciéndolos vestir el uniforme militar, y dejando aquel para los ministros, consejeros y jueces; creó un regimiento de guardias de la real persona, segun había comenzado ya á hacerlo en Milan; y ¡cosa digna de notarse! nombró coronel de este cuerpo al cardenal Portocarrero (3).

Desde su regreso de Italia se dedicó con ahinco á hacer levadas y levantar gente por toda España para acudir inmediatamente á la defensa de las fronteras, que contaba habían de ser pronto acometidas. Fué ciertamente prodigiosa la espontaneidad con que los pueblos y las provincias de España, en medio del abatimiento y pobreza en que las dejaron los últimos reinados, se ofrecieron á hacer todo género de sacrificios, acudiendo unas con cuantiosos donativos para el mantenimiento de las tropas, levantando otras á su costa tercios y regimientos enteros que enviaban al rey armados, municionados y vestidos (4); de tal modo que en poco tiempo pudieron ponerse sobre las fronteras de Portugal veintiocho mil infantes y diez mil caballos, fuerza muy superior á la que ha-

(2) Biblioteca de Salazar, leg. 17, v. 25, impreso 1703.

(3) Macanaz, Memorias manuscritas, cap. 11.

(4) El pueblo de Madrid dió y costó un tercio de caballería: Medina de Rioseco envió cuatro mil pesos; la ciudad de Orihuela otros cuatro mil; diez mil la provincia de Alava; la de Guipúzcoa suministró un tercio de seiscientos hombres armados y equipados; Granada mil infantes y quinientos caballos; y así por este orden las demás segun su posibilidad.

bia esparcida en todos los dominios españoles á la muerte de Carlos II.

A estas pruebas de adhesion y de amor que Felipe V recibía de sus pueblos, correspondía él trabajando con maravillosa actividad para buscar de la manera menos onerosa posible medios y recursos con que subvenir á todas las necesidades, cuidando de la organizacion, instruccion y conveniente distribucion de las tropas; fortificando las plazas; cubriendo las fronteras, segun el mayor peligro de cada una; nombrando los vireyes, gobernadores, generales y jefes de mas crédito y reputacion, y destinándolos á los puntos y á los cuerpos en que cada uno podia ser mas útil; fomentando y aumentando las fuerzas de mar al propio tiempo que las de tierra, para cuyo sosten y mantenimiento le sirvió mucho la capacidad rentística y la aplicacion infatigable del ministro de Hacienda Orri. De este modo, España que al advenimiento de Felipe apenas podia mantener unas miserables y casi desnudas compañías de soldados, se vió otra vez como por encanto cubierta y defendida por respetables cuerpos de ejército, vestidos y disciplinados, aunque en su mayor parte todavía bisonios (1).

Todo era necesario. Porque además de la guerra que los enemigos de la nueva dinastía le habían movido ya en Italia y en Flandes; de la que hacían las escuadras inglesas y holandesas á nuestras posesiones transatlánticas para apoderarse de los dominios españoles del Nuevo Mundo; de los ataques continuos que los reyes moros de Marruecos y de Mequinez, excitados y auxiliados por aquellas potencias, daban á nuestras plazas de Ceuta y Oran, obligando á nuestras escasas guarniciones á sostener diarias peleas y á estar en jaque siempre; de los frecuentes choques de nuestras naves con las flotas anglo-holandesas en ambos mares, amenazaba muy próxima la invasion de los confederados contra España en el territorio de nuestra propia península.

Este plan había sido fraguado en Lisboa. La defeccion del almirante de Castilla, su ida á aquella ciudad, y sus excitaciones fueron de gran provecho á los confederados contra Francia y España. El rey don Pedro de Portugal entró con ellos en la liga, no obstante el tratado de paz y amistad, celebrado antes con el francés, y el de neutralidad que posteriormente había hecho. En vano el estado eclesiástico de Portugal en un memorial que presentó á su monarca le expuso con fuertes, enérgicas y copiosas razones los gravísimos inconvenientes y daños que traería á aquel reino la liga con Alemania, Inglaterra y Holanda; los desastres de la guerra en que tendria que tomar parte, los peligros de la religion, del trono y de la independencia portuguesa. Nada escuchó el monarca lusitano, y adhirióse á la confederacion. El emperador Leopoldo, por consejo del almirante, había hecho cesion de sus derechos á la corona de España en su hijo el archiduque Carlos, y la salida de este para España quedó decidida. Una escuadra inglesa condujo al archiduque á Lisboa con ocho mil ingleses y seis mil holandeses de desembarco. El rey de Portugal le recibió como al soberano legitimo de España, y él tomó el nombre de Carlos III (7 de mayo, 1704). A los pocos dias publicaron cada uno su manifiesto, expresando su resolucion de acudir á las armas para libertar á España de la usurpacion y tiranía de Felipe de Anjou, y concediendo una amnistía general á todos los que á los treinta dias de su entrada en territorio español abandonaran la causa de los Borbones. Acusábase en este documento á la dinastía de Borbon de querer establecer en España el despotismo, como si esta clase de gobierno no hubiera sido introducida y sostenida por los reyes de la casa de Austria, hasta acabar con todas las libertades españolas (2).

(1) En el capítulo 11 de las Memorias manuscritas de Macanaz, se da una noticia bastante minuciosa de los nombramientos que iba haciendo Felipe para el mando de los ejércitos, así como de las personas en quienes proveía las embajadas, las plazas en los consejos, los obispos y demás cargos públicos, en los cuales se nota el cuidado que ponía en la eleccion de los sujetos y lo que atendía al mérito de cada uno.

(2) En el concierto celebrado entre el austriaco y el portugués habían convenido en que tan pronto como aquel se hiciera dueño de España cediera al de Portugal las principales plazas de la frontera, así por la parte

Pero habiase ya anticipado á ellos el rey don Felipe, que con noticia de lo que se tramaba en Portugal y de haberse acordado la venida del archiduque, no solo había hecho grandes aprestos para la guerra sino que determinó hacer por sí mismo la campaña á la cabeza de sus ejércitos y dió tambien un manifiesto demostrando la nulidad de los pretendidos derechos del príncipe austriaco, y haciendo patente la mala correspondencia y desleal conducta del monarca portugués. Y mientras que así se cruzaban de una y otra parte los papeles, adelantábanse las armas españolas por todas las fronteras del vecino reino. Allí las dejaremos en tanto que damos cuenta de los principales acontecimientos que en otras partes de Europa tuvieron lugar en el año 1703, y del estado en que se hallaba la lucha de España y Francia contra los aliados cuando comenzó la guerra de Portugal.

En Alemania, acometido el duque de Baviera, partidario de los Borbones, en sus propios Estados por superiores fuerzas del Imperio, fué preciso á Luis XIV enviar en su auxilio un ejército de mas de treinta mil hombres mandados por el denodado mariscal Villars, el cual por medio de un hábil movimiento cruzó la Selva Negra, y burlando al príncipe Luis de Baden logró incorporarse con el bávaro, cosa que no habían podido creer los enemigos (mayo, 1703). Otro cuerpo de veinte mil franceses conducido por el duque de Vendome partió tambien para Italia á reunirse con el de Baviera, que obraba ya en el Tirol, y sometia el ducado de Neuburg, habiendo dejado á Villars en el Danubio, poniendo en contribucion todo el país hasta el círculo de Suabia, y batiendo y derrotando al príncipe Luis de Baden. Vuelto á Italia el de Vendome, y reforzado el de Baden con un considerable cuerpo de tropas alemanas, sostuvo allí la guerra contra el de Baviera y el de Villars, hasta que derrotado en una batalla en que perdió siete mil hombres y treinta y tres piezas (20 de setiembre, 1703), tuvo que retirarse cerca de Augsburgo, donde procuró atrincherarse. Por otro lado, otro cuerpo de cuarenta mil hombres, españoles y franceses, que á las órdenes del duque de Borgoña operaba en el Rhin, tomó á los alemanes la importante plaza de Brissac. Y habiendo regresado el de Borgoña á Versalles, y quedado con el mando de aquel ejército el mariscal de Tallard, rindió este la plaza de Landau, despues de haber desbaratado á los príncipes de Hesse-Cassel y de Nassau cerca de Spira (15 de noviembre, 1703), en cuya accion perdieron los alemanes treinta piezas y tuvieron mas de diez mil bajas. En cambio tomaron los imperiales en esta campaña las plazas de Bona y Limburgo.

Aunque corto el ejército español de Italia, todavía fué bastante para rendir á Vercelli (julio, 1703), dos años antes ocupada por los alemanes, é igual tiempo bloqueada por los españoles. Hicieronse mil prisioneros, se tomaron sesenta piezas de artillería, y quedó libre la navegacion del Pó. El duque de Vendome, que había ido al Trentino y estrechaba el sitio de Trento, tuvo que retroceder para desarmar las tropas del duque de Saboya, de quien se supo que andaba en dobles tratos y había hecho liga con los alemanes. Las tropas piemontesas fueron desarmadas (29 de setiembre, 1703), no obstante el socorro que les llevó el general Visconti; apoderóse despues Vendome de la ciudad de Asti (8 de noviembre), que salieron á entregarle el obispo y magistrado, y estableciendo cuarteles de invierno en el Piamonte, llegaba en sus correrías á las puertas de Turin, en tanto que el mariscal francés Tessé con tropas de la Provenza y del Delfinado penetraba en la Saboya y se apoderaba de Chambery.

En los Países Bajos fué donde ardió menos viva este año la guerra. Ingleses y holandeses tenían allí un poderoso ejército, con el cual emprendieron el sitio de Amberes. Pero acudiendo con celeridad las tropas francesas y españolas que había disponibles, mandadas aquellas por el mariscal de

de Extremadura como por la de Galicia, igualmente que las ricas provincias de la India española del otro lado del rio de la Plata. En aquellas se contaban Badajoz, Alcántara, Alburquerque, Vigo, Bayona, Tuy, La Guardia y otras.—Macanaz, Memorias, c. 17.—Belando, Historia civil de España, part. I, c. 27.—Sucesos acaecidos entre España y Portugal con motivo de las guerras de sucesion, desde 1701 á 1704, Lisboa, 1707.